

esforzó vanamente por tranquilizar al general Souham; por demostrarle que exajeraba el peligro de su situacion, y que, á mayor abundamiento, las precauciones que acababa de prescribir para guardar el camino le debian calmar del todo, no teniendo que añadir mas que la de trasladarse personalmente al otro lado del Essona, á fin de que á la primer señal se pudiera poner en salvo; y, por último, que no atenerse á esto, y cargar con la responsabilidad de mover de allí las tropas, era merecer y quizá ponerse en el caso de sufrir el tratamiento que sin razon temia ahora. Nada alcanzó á sosegar á este espíritu azorado, y á todas las buenas razones del coronel Fabvier no supo oponer mas que el adagio vulgar de la soldadesca de que *mas vale matar al diablo que dejarse matar por él*. Asi es que persistió en su yerro.

A impulsos de esta ilusion funesta, los generales de division del sexto cuerpo avisaron al principe de Schwarzenberg ó á los que hacian sus veces, del movimiento á que se aprestaban de seguida, y temerosos de encontrar fuerte oposicion por parte de las tropas, ordenaron que los oficiales de los regimientos, desde los coroneles hasta los subtenientes, marcharan con sus soldados y en sus respectivos puestos, de miedo de que se juntaran á hablar los oficiales, y se llegaran á comunicar sus reflexiones, quizá sus dudas, y fueran asi conducidos á una sublevacion contra los gefes, cuya defeccion hubieran adivinado.

Tomadas estas precauciones, el sexto cuerpo, guiado por sus generales, cruzó el Essona á eso de las cuatro de la mañana del 5, mientras que los mariscales estaban en la conferencia de la calle de

San Florentino. Silenciosamente avanzaron nuestros soldados hácia las avanzadas enemigas, ignorando la falta que se les arrastraba á cometer por virtud de la obediencia, y suponiendo unos que se movian por consecuencia de la abdicacion, cuya noticia se habia divulgado aquella noche, y otros de resultas de una operacion concertada para sorprender á los contrarios. No obstante, empezaron á concebir sospechas al ver que los soldados aliados se mantenian quietos á uno y otro borde del camino, y que les dejaban pasar sin hacerles fuego. Muy pronto se oyeron murmuraciones. Algunos oficiales cómplices de la defeccion aspiraron á apaciguarlas alegando varios pretestos é hicieron proseguir la marcha hácia Versailles. Pero las murmuraciones iban creciendo á cada paso, y todo presagiaba una sublevacion al llegar al citado punto. De esta suerte se pasó al enemigo el sexto cuerpo, si exceptuar mas que la division del general Lucotte, el cual se negó á ejecutar la orden por parecerle sospechosa. De consiguiente, quedó al descubierto la línea del Essona, y completamente perdido para Napoleon el sexto cuerpo que tan de necesidad le era en la ejecucion de sus planes.

No teniendo el bizarro coronel Fabvier ningun medio de impedir esta resolucion triste, para precaver sus efectos no le ocurrió mas arbitrio que el de volver á París y al lado del mariscal Marmont sin demora. Mas, no teniendo salvoconducto, le costó gran trabajo cruzar por entre las avanzadas enemigas; tras de lograrlo á fuerza de instancias y de falsos pretestos, llegó al fin al palacio de Talleyrand, ya no halló al gefe á quien buscaba en su recinto; de seguida corrió á casa de Ney, allí

encontró reunidos á los tres mariscales, é hizo á Marmont la relacion de que se acaba de dar noticia.

Al saberla Marmont, sintió una emocion violenta.—¡Perdido estoy y deshonrado para siempre!—exclamó por natural impulso. ¡Ah, que el infeliz no creyó del todo lo que decia, pues de otra suerte hiciera todo linaje de esfuerzos por segregar de sí hasta la mas leve responsabilidad de esta defeccion! Pero se limitó á gemir, á lamentarse, á pedir consuelos á sus colegas, poco dispuestos á dárselos, en vez de ir personalmente á Versailles con el fin de traer nuevamente sus tropas á su puesto á través de todos los peligros. Mientras consumia así el tiempo en estériles lamentaciones, un aviso del emperador de Rusia hizo saber á los representantes de Napoleon que se les aguardaba en la calle de San Florentino. Allá fueron seguidos de Marmont, que no cesaba de lamentarse sin hacer nada, y desprovistos de toda esperanza despues de la fatal noticia que acababa de sorprenderlos.

Interin pasaba esta escena en el camino de Versailles, se agitaron tambien mucho los autores de la restauracion de los Borbones. Aunque naturalmente propicios á estos príncipes así el emperador Alejandro como sus aliados, tan conmovidos aparecieron de resultas del lenguaje de los mariscales, y de la ventaja de terminar la guerra por medio de un ajuste con Napoleon sin demora, que los realistas congregados en casa de Mr. de Talleyrand experimentaron muy viva alarma. Al emperador Alejandro le repitieron cuanto ya le habian dicho hartas veces durante cinco dias; cer-

ca del rey de Prusia despacharon al general Beurnonville para que le repitiera las mismas cosas; nada tenian que hacer para persuadir al príncipe de Schwarzenberg; pero le suplicaron que no flaquease. En suma, no omitieron diligencia para evitar que les volviera el rostro la fortuna, que dependia especialmente de la versátil voluntad de Alejandro. Por lo demás, estos esfuerzos se resentian casi de supérfluos, pues nada necesitaban decir á las córtés aliadas para poner de manifiesto que los Borbones valian mas que Napoleon oculto detrás de su esposa, pero temian empujar á Napoleon á la desesperacion, y esto era lo que daba margen á sus vacilaciones. Acabo, tras de reunirse en el palacio de la calle de San Florentino, y de deliberar los representantes de la coalicion, opinaron que se perseverara en primer lugar porque ya habian avanzado mucho al pronunciar la destitucion de Napoleon y sus herederos; en segundo porque los Borbones les ofrecian muy otra quietud que una regencia que dejara á Napoleon la tentacion y el medio de volver á empuñar el cetro, y con el cetro la espada; y en tercero porque, ya que la obra de libertarse del opresor comun estaba tan adelantada, mas valia llevarla á remate aun á costa del último derramamiento de sangre, que abandonarla ya casi concluida. De consiguiente encargaron á Alejandro la declaracion de que se persistia en lo resuelto anteriormente, mas sin comunicarle un impulso vigoroso que no tenian ellos, y sin inspirarle hácia los Borbones un celo ardiente que no les animaba tampoco.

Rodeado del rey de Prusia y de los ministros de la coalicion recibió Alejandro á los mariscales,

presentados por Mr. de Caulaincourt, con la misma benevolencia que la noche antes. Otra vez mas expresó la idea reproducida hasta la saciedad ya hacia algunos dias; que los soberanos habian ido á Paris en busca de la paz tan solo, y de ninguna manera para humillar á Francia ó imponerla un gobierno; despues repitió de un modo terminante y resuelto las razones ya enunciadas contra el mantenimiento personal de Napoleon sobre el trono de Francia, y de un modo menos firme las que se podian alegar contra la regencia de Maria Luisa. Sobre esta última parte de la materia se explicó de un modo que nada tenia de absoluto y que hasta abria camino á la renovacion del debate. Efectivamente, entablóse de nuevo: muy vehemente repitieron los mariscales cuanto ya habian dicho contra el llamamiento de los Borbones, y mostráronse casi amenazantes al hablar de las fuerzas que aun quedaban á Napoleon, y la adhesion que hallarian en su apoyo para la defensa de los derechos del rey de Roma. Visiblemente alterado Alejandro, miraba ora, á los interlocutores, ora á sus aliados, cual si pensara en otra solucion que la que tenia encargo de poner de manifiesto (1), cuando de pronto entró un ayudante de campo, y dirigióle algunas palabras en idioma ruso y en voz baja. Entendiendo Mr. de Caulaincourt algo de este idioma, creyó adivinar que se daba noticia al czar de la defeccion del sexto cuerpo, evidentemente ignorada por este monarca, á juzgar por su asombro.—

(1) Hablo por testimonio escrito de los hombres mas fidedignos y menos hostiles al mariscal Marmont y á los Borbones.

¿Todo el cuerpo?—preguntó Alejandro, aplicando bien el oido de que era algo torpe.—Si, todo el cuerpo—respondió el ayudante de campo. Alejandro se tornó á los negociadores, bien que distraido, y pareciendo que apenas prestaba atencion á lo que se le decia. Luego se apartó un instante á fin de hablar con sus aliados. Mientras quedaron solos los tres negociadores, pues Marmont no se atrevió á ir esta vez con ellos, Mr. de Caulaincourt dijo á los mariscales que todo estaba perdido, porque ya no podia dudar que la noticia llevada al czar se referia á la defeccion del sexto cuerpo, ni que esta noticia cambiaria las buenas disposiciones del emperador Alejandro. Este se volvió á presentar muy pronto, si bien á la sazón en ademán firme, con resolucion de lenguaje, y declarando que ya era forzoso renunciar tanto á Napoleon como á Maria Luisa; que solamente los Borbones convenian á Francia y á Europa; que por lo demás, el ejército en cuyo nombre se hablaba, cuando menos estaba dividido, pues acababa de saber que un cuerpo entero se habia pasado á la bandera del gobierno provisional; que sin duda todo el ejército imitaria este buen ejemplo; que así prestaría á Francia un servicio igual por lo menos á todos los que le habia prestado; que su gloria y sus intereses serian respetados con el mayor esmero; que sobre el ejército y su apoyo y sus luces, fundarian los principes llamados al trono el nuevo reinado; que respecto de Napoleon no habia mas que fiarse en la lealtad de los soberanos aliados, y que se le trataria de la manera más conforme á su grandeza pasada y de igual modo á su familia. Dichas estas palabras habló Alejandro en particular á cada uno

de los mariscales: á Macdonald le manifestó la estimacion de que era digno; á Ney le halagó de manera de trastornar la cabeza de este héroe, muy débil por desgracia, y retuvo á Mr. de Caulaincourt algunos instantes. Allí en una conversacion corta dió á entender á éste, que las últimas perplejidades de los aliados habian ya concluido de resultas del suceso consumado la noche anterior junto al Esona, pues á contar desde este momento, se habia comprendido que Napoleon ya no podia intentar nada; y que no le quedaba mas que resignarse á su destino. De nuevo corroboró el emperador Alejandro las seguridades ya dadas en punto á tratar á Napoleon de la manera mas generosa; no recató que tal vez habia avanzado mucho al ofrecer la isla de Elba, mas no sin añadir que satisfaria su compromiso, y de la manera mas formal prometió hacer que se concediera un principado en Italia á Maria Luisa y al rey de Roma. Acto continuo despidió á Mr. de Caulaincourt, estrechándole á venir cuanto antes con los poderes de su soberano para dar fin á esta negociacion, pues de hora en hora perdía la situacion de Napoleon lo que ganaba la de los Borbones, y se aminorarian las compensaciones que se inclinaban á concederle.

Solo Mr. de Caulaincourt con Macdonald, que no le habia abandonado, se aprestó á tomar la vuelta de Fontainebleau. Cercado Ney por los miembros y por los ministros del gobierno provisional, retenido en medio de ellos, fué colmado de demostraciones capaces de dar con la cabeza mas sólida por tierra. Tambien el mariscal Marmont se hallaba otra vez en casa de Mr. de Talleyrand, donde se

iba á ver expuesto á nuevas seducciones. Conternado llegaba de resultas de lo acaecido junto al Esona, y buscando en las miradas de los presentes un juicio que temia encontrar severo, sobre todo, recordando lo que los mariscales sus colegas le habian dicho por la mañana. Pero en vez de frases desaprobadoras ó equívocas por lo menos, donde quiera no halló sino el asentimiento de mayor lisonja, y los mas espresivos apretones de manos. Se le dijo que despues de cumplir heroicamente su deber en la última campaña, acababa de poner colmo á su excelente conducta salvando á Francia con la determinacion tomada; que el mas alto galardón no equivalia á servicio de tanta monta; y que los Borbones se apresurarian á recompensarlo á cualquier precio. Próximo estuvo el infeliz Marmont á protestar contra el falso mérito que se le atribuia de pronto; pero asediado de enhorabuena, no tuvo fuerza para rechazar distinciones tales y tan brillantes esperanzas, y sin echarlo de ver ni quererlo, aceptando las felicitaciones, aceptó la reprobacion que despues ha quedado tan cruelmente unida á su memoria.

En las revoluciones son prontas y súbitas las peripecias. Mientras los yentes y vinientes á casa de Mr. de Talleyrand, jubilosos al saber la defecion del sexto cuerpo y la resolucion definitiva de los aliados, colmaban á Marmont de plácemes y le querian asociar de esta suerte á su gozo y á sus esperanzas, una noticia repentina vino á perturbar su felicidad por un momento. De pronto cundió el rumor de que en Versailles acababa de estallar una sedicion militar entre los soldados del sexto cuerpo; que, diciéndose engañados por sus generales,

hasta querian fusilarlos, y que no habia seguridad en punto á las consecuencias de tan imprevisto accidente. Con algo mas de calma de la que se conserva en tales circunstancias, se comprendiera que un cuerpo de quince mil hombres, segregado del grueso del ejército francés, completamente cercado de tropas aliadas, por necesidad seria destruido ó desarmado, si trataba de retroceder de su compromiso. Pero en el tumulto de los dias de revolucion no se razona tan juiciosamente. Se temió que volviera atrás este cuerpo á impulsos de una desesperacion heroica, é inflamara las pasiones de las tropas existentes en Fontainebleau asi como el ardor belicoso de Napoleon, y conmoviera fuertemente al pueblo de París al parecer tranquilo, si bien agitado á la vista del extranjero, y se originara asi una mutacion completa de escena. Ello es que hubo gran turbacion y susto.

Solo un hombre, y este hombre era el mariscal Marmont, podia impedir que el fausto suceso de la noche antes se tornara en adverso de pronto. Con efecto, este mariscal debia ejercer sobre las tropas del sexto cuerpo un gran ascendiente, y mas que otro alguno era capaz de mantenerlas en el camino adonde se habian lanzado. Se le asedió, pues, á fin de suplicarle que diera cima á la obra comenzada. Por centésima vez se le repitió que el restablecimiento de Napoleon contra toda Europa era imposible de todo punto; que, aun cuando Europa fuera vencida bajo los muros de París, no se daria por derrotada y tornaria á empezar la guerra con nuevo encono; que Francia se veria asi expuesta á la horrorosa prolongacion de sus desdichas; que á tales riesgos eran preferibles la Fran-

cia con las fronteras de 1790 y los Borbones con garantías legales; que á mayor abundamiento, el mismo Marmont habia entrado en esta via y arrastrado á su ejército á ella; que retroceder ya no estaba en su mano y resultaria inexplicable; y que, perdido ya con Napoleon sin remedio, lo quedaria para siempre con los Borbones. Marmont, que no queria quedar asi perdido con todo el mundo, y que, por otra parte, despues de aceptar plácemes inmerecidos, deseaba adquirir títulos incontestables al favor real, se determinó á partir hácia Versailles, para atraer á las tropas amotinadas del sexto cuerpo á su obediencia. Allá fué sin demora, y llegado al terreno halló en plena insurreccion á sus soldados, y sin querer de ningun modo entrar en formacion á pesar de los esfuerzos del general Bordsouille, á quien acusaban de la conducta á que se les habia arrastrado. La llegada imprevista del mariscal Marmont causóles una satisfaccion verdadera. Como se hallaba ausente á la hora en que la defeccion fué consumada, le suponian ignorante de ella, y al verle acudir de pronto, se persuadieron de que les iba á sacar del mal paso en que se hallaban metidos. Además se habia captado Marmont las simpatias de sus soldados por su brillante denuedo en la última campaña. Se les presentó, pues, apeló á sus recuerdos; les bosquejó las circunstancias azarosas en que les habia mandado, siendo siempre el primero en el peligro; así les arrancó aclamaciones, y despues de alegar los derechos que le asistian á su confianza, les dijo que habiéndoles conducido por la senda del honor de continuo, tampoco ahora les apartaria de ella, y antes bien les seguiria llevando por donde quie-

ra que en tal direccion se les abriera paso; pero que, en su actual estado de turbulencia, solo podian figurar como instrumentos de desorden, destinados á ser vencidos por el primer contrario que les hallara á alcance; que por lo mismo les suplicaba que tornaran á sus deberes y se volvieron á poner á las órdenes de sus gefes, bajo promesa de ir de nuevo á sus filas, cuando otra vez formaran un ejército verdadero, y permanecer en ellas hasta que Francia saliese de la espantosa crisis por que estaba pasando. Marmont no dijo mas, y sus soldados explicaron sus reticencias con la proximidad del enemigo que les rodeaba por todas partes. Se calmaron, y volvieron á sus filas, y se manifestaron dispuestos á aguardar pacientemente la voluntad del caudillo. A mayor abundamiento con algunos instantes de sumision bastaba para que no infundiera temor su tumulto. Naturalmente los aliados iban á plantar sin tardanza entre el sexto cuerpo y Fontainebleau una barrera insuperable.

De seguida Marmont tomó la vuelta de París para anunciar el feliz éxito de su comision breve, y para recibir las lisonjas del palacio de la calle de San Florentino que le habian perdido, y sin las cuales ya no se podia pasar de ningun modo. Se le asedió de nuevo, mayores caricias se le prodigaron que nunca, no sin el aditamento de esa eterna gratitud, que ni por parte de los pueblos, ni de los partidos, ni de los reyes, se puede contar como asegurada ni á los servicios mas puros y honrosos.

Asi quedó consumada la defeccion ésta, denominada traicion del mariscal Marmont. Nada mas sencillo, ni mas legítimo, ni mas plausible que el acto de este mariscal, si consistiera en preferir los

Borbones á Napoleon, la paz á la guerra, la esperanza de la libertad al despotismo. Pero, aun dejando aparte los deberes del agradecimiento, no se puede olvidar que Marmont se hallaba revestido con la confianza personal de Napoleon; que estaba sobre las armas, y que ocupaba un puesto de importancia capital junto al Essona: ahora bien, dejar esta posicion con todo su cuerpo en tal coyuntura y por virtud de un ajuste secreto con el principe de Schwarzenberg, no era optar como un ciudadano de voluntad libre entre un gobierno y otro, sino proceder á la manera del soldado que deserta para pasarse al enemigo. Despues ha declarado Marmont, que de tan triste acto no le toca mas que una parte, y es la verdad, que despues de querer y consumir el principio, se detuvo al medio, como espantado de la obra. Sus generales de division, extraviados por un terror falso, prosiguieron el acto interrumpido, y lo llevaron á remate por su propia cuenta; mas yendo Marmont á apropiarse el fin de tal acto de resultados de su conducta en Versailles, consintió en asumir sobre su cabeza y en llevar á los ojos de la posteridad todo su peso enorme.

No menores aunque de otra índole eran en Fontainebleau las agitaciones. Llegaron allí los plenipotenciarios á la caida de la tarde del 5 de abril, para comunicar la respuesta definitiva de los soberanos aliados. Sobremanera halagado el mariscal Ney por el gobierno provisional, tomó á pechos conseguir y traer la abdicacion pura y simple de Napoleon. Asi para emprender la marcha no aguardó á sus dos colegas, ya por deseo de estar solo, ya por sobra de prisa en dar buena razon de sus

promesas. Ya halló enterado á Napoleon de la defeccion del sexto cuerpo, avalorando sus consecuencias militares y políticas mejor que nadie, si bien tranquilo, haciendo gala de una altivez de igual magnitud al encarnizamiento de la fortuna en su contra, y nada propenso á revelar lo que sentia interiormente mas que á dos ó tres personajes que gozaban de su exclusiva confianza. Napoleon dió gracias cortesmente al mariscal Ney por haber cumplido su encargo, aunque sin ponerle en la via de las expansiones y los consejos, adivinando en su ademan y en su prisa de llegar antes que otro alguno, su vivo deseo de contribuir al desenlace, y quizá de convertirlo en mérito para lo futuro. Sin responder apenas oyó cuanto el mariscal quiso decirle, y, en efecto, éste habló á la larga de la resolucion irrevocable de los soberanos; de la imposibilidad de hacer que desistiesen de ella; de la especie de ardor con que todos se declaraban en Paris por la paz y por los Borbones; del estado de postracion de las tropas; de la imposibilidad de exigirles nuevos esfuerzos; y á propósito de la sangre tan copiosamente vertida por ellas, habló de las desdichas actuales de Francia con verdad, mas sin miramiento, porque esta alma guerrera tenia mas de fuerte que de delicada. Con todo, no se apartó del respeto debido á un soberano, ante el cual y en union de sus compañeros de armas habia contraido la costumbre de doblar la cabeza (1).

(1) Tan difícil es saber lo acontecido en esta última entrevista como en la anterior de que ya hemos hablado. Nada ha escrito el mariscal Ney, y por respeto á su infortunio y á su heroísmo tambien Napoleon ha guardado silencio absoluto en sus Memorias de Santa Elena. Solo es

Despues de escucharle Napoleon fria y pacientemente, le respondió que deliberaria lo que juzgase oportuno, y que al dia siguiente le comunicaria su resolucion definitiva. Despues de esta entrevista, anheloso el mariscal Ney por cumplir su promesa, se apresuró á dirigir una carta al príncipe de Benevento, en que refiriéndole su vuelta á Fontainebleau de resultas del malogro de las negociaciones de aquella mañana, malogro *debido*, segun sus palabras, á un suceso *imprevisto* (el suceso de Essona) añadia que, *convencido el emperador Napoleon de la situacion critica en que habia colocado á la Francia, y de la imposibilidad en que se hallaba de salvarla personalmente, parecia resuelto á hacer su abdicacion pura y sencilla.* Tras de este aserto,

fácil reconocer en algunas de sus expresiones que sintió vivamente la actitud de Ney en los últimos dias del imperio. Al volver el mariscal á Paris tuvo la debilidad de jactarse de haber obligado á Napoleon á que abdicase, y con especialidad en casa del general Dupont, ministro de la Guerra, quien lo ha consignado en sus Memorias. Todo induce á creer que este mariscal se acusó entonces sin motivo, no habiéndose propasado mas que á faltar á los miramientos debidos á la desgracia en la escena de Fontainebleau, sin excederse á una violencia de expresion que no era posible. Nos confirma en esta creencia la circunstancia de que al llegar Mr. de Caulaincourt á eso de media noche, esto es, algo mas tarde que el mariscal Ney, halló á Napoleon del todo, no mostrando en su actitud ni en su lenguaje la animacion que le hubiera debido dejar una escena violenta, y sin tener tomada resolucion alguna. Mr. de Caulaincourt en algunos recuerdos consignados por escrito, manifiesta positivamente, que cotejando lo que en Fontainebleau habia visto con lo que oyó contar acerca de la conducta del mariscal Ney algunos dias mas tarde, le costó gran trabajo esplicarse las versiones divul-

cuando menos prematuro, decia el mariscal que abrigaba esperanzas de llevar por sí mismo el acta auténtica y formal de esta abdicacion. Fechada estaba la carta en Fontainebleau á las once y media de la noche.

Mr. de Caulaincourt y el mariscal Macdonald llegaron poco despues que el mariscal Ney á Fontainebleau. Ya encontraron á Napoleon profundamente dormido, y despues de despertarle, le refirieron con los mismos detalles que el mariscal Ney, aunque en términos diferentes, lo acontecido en París desde el día antes, esto es, sus negociaciones al principio venturosas, á lo menos en la apariencia, y malogradas por completo al punto y de resultas de la defeccion del sexto cuerpo. No disimularon á Napoleon que, en su conviccion profun-

gadas, y no pudo menos de creer que el mariscal Ney se habia calumniado á sí propio. Sin duda no se mostró contento de la actitud ni del lenguaje del mariscal Ney en el palacio de la calle de San Florentino, mas no pudo prestar asenso á la relacion de escenas de violencia que por París circulaban de boca en boca, y que despues han prohibido muchos historiadores. Por su parte el mariscal Macdonald en sus Memorias manuscritas, aun manifestándose poco satisfecho del mariscal Ney, refiere las escenas en que hizo figura de una manera que excluye completamente la idea de que sobre Napoleon se ejerciera la menor violencia. Citamos estos dos personajes eminentes, únicos que han escrito como testigos oculares las escenas de Fontainebleau en 1814, y los mas fidedignos entre cuantos pudieran escribirlas, para presentar á verdadera luz todas las cosas. Asi nos lisonjamos de haber fijado aqui como en otras ocasiones la verdad hasta donde es posible, y no dudamos en afirmar que todas las relaciones que se desvian de la medida á que nos ajustamos son completamente falsas, ó á lo menos exageradas sobremanera.

da, por doloroso que les fuera explicarse de esta suerte, no habia mas recurso que hacer la abdicacion pura y sencilla, si no queria empeorar su situacion personal, quitar á su esposa, á su hijo y á sus hermanos toda eventualidad de un establecimiento decoroso, y atraer finalmente nuevas é irremediables desdichas sobre Francia. A fuerza de repetido, aunque esta vez en los términos mas respetuosos, llegó á importunar á Napoleon este consejo, y respondió un tanto impaciente que aun le quedaban sobrados recursos para ceder tan pronto á una proposicion tan extremada.—¿Y Eugenio, exclamó, y Augereau, y Suchet y Soult, y los cincuenta mil hombres que aun tengo conmigo.... creéis que no son nada?... Por lo demás, ya veremos. Hasta mañana.—Y despues de manifestar que era tarde, envió á descansar á sus dos negociadores, no sin expresarles cuánto estimaba sus procederes nobles y delicados.

Apenas los habia despedido, de nuevo hizo llamar á Mr. de Caulaincourt, no porque le mostrara mas afecto que al mariscal Macdonald, sino porque tenia costumbre de acreditarle mayor confianza. Ya no se le advertia el menor vestigio de enojo; y dijo á Mr. de Caulaincourt lo muy satisfecho que estaba de la conducta del mariscal Macdonald, pues, enemigo suyo por largo tiempo, se portaba á la sazón como amigo del alma; habló con indulgencia de la veleidad del mariscal Ney, y expresándose respecto de sus mariscales con cierta dulzura desdeñosa, se explicó de este modo.—¡Ah, Caulaincourt, los hombres, los hombres!... Mis mariscales se avergonzarian de observar la conducta de Marmont, pues no le nombran sin indig-

narse, pero sienten mucho que les haya tomado tanta delantera en el camino de la fortuna... Sin desviarse como él desearian adquirir los mismos títulos al favor de los Borbones.—Después hablando de Marmont sin amargura, prosiguió en esta forma:—Le he tratado como si fuera hijo mio. Aménudo le he tenido que defender contra sus compañeros que, sin avalorar su buena cabeza, no juzgándole mas que sobre el campo de batalla, ningún caso hacian de sus talentos militares. Le he creado mariscal y duque por afecto á su persona, por consideracion á los recuerdos de la infancia, y debo decir que contaba con su lealtad. Quizá es el único hombre de quien jamás sospeché que me abandonara; pero la vanidad, la debilidad, la ambicion le han perdido. No sabe el infeliz lo que le espera; su nombre quedará afrentado. Ya no pienso en mí, creedlo, ya mi carrera ha concluido ó va á concluir pronto. ¿Qué gusto puedo ya tener en reinar sobre corazones cansados de mí y anhelantes por entregarse á otros?... ¡En Francia pienso, á la cual es horrible dejar en tal estado, sin fronteras, después de haberlas tenido tan excelentes! Esto es, Caulaincourt, lo mas punzante de todas las humillaciones que se acumulan sobre mi cabeza... ¡Dejar tan pequeña esta Francia, á la cual yo queria tan grandel... ¡Ah, si esos imbéciles no me hubieran desamparado, en cuatro horas reharia yo su grandeza, porque, creedme, conservando los aliados su actual posicion, con París á la espalda y conmigo de frente, estaban perdidos. Con que salieran de París á fin de evitar este peligro, ya no entrarán nunca. Solo su salida ante mi presencia fuera una inmensa derrota. Ese desdichado Mar-

mont ha impedido tan magnífico resultado. ¡Ah, Caulaincourt, qué júbilo fuera el de restaurar la Francia á la vuelta de pocas horas!... ¿Qué hacer al presente? Aun juntaria alrededor de ciento cincuenta mil hombres con los que tengo aqui y con los que me trajeran Eugenio, Augereau, Suchet, Soult; pero seria necesario que me trasladara detrás del Loira, y que atrajera al enemigo en mi seguimiento, y que propagara indefinidamente los extragos á que está ya harto expuesta Francia, y que pusiera aun muchas fidelidades á prueba, las cuales quizá no salieran mejor libradas que la de Marmont. ¡Y todo esto para continuar un reinado que ya veo que toca á su fin! No me siento con fuerzas para tanto. Sin duda habria medio de que nos restauráramos con la prolongacion de la guerra. Se me noticia que por todas partes los paisanos de Lorena, de Champaña, de Borgoña, deguelan á los destacamentos aislados. Dentro de poco el pueblo tomará horror al enemigo, y se cansarán en París de la generosidad de Alejandro. Este príncipe tiene seducciones, agrada á las mugeres, mas tanto prestigio en un vencedor subleva el sentimiento nacional muy en breve. Además llegan los Borbones. ¡Y Dios sabe lo que viene con ellos! Hoy van á pacificar á Francia con Europa. ¡Mas en que estado la pondrán mañana consigo misma! Representan la paz exterior y la guerra intestina. Ya veis lo que han hecho del país de aqui á un año. Lo que es á Talleyrand no le conservarán ni seis meses. Asi habria probabilidades de feliz suceso en una lucha prolongada, probabilidades políticas y militares, pero á costa de males espantosos... Además, se necesita otra persona que yo al presente.